

Sección 4

Problemas pedagógicos

Lab. 4: Sistemas pedagógicos
01: Audiovisuales

Esc.
de Padres
PM

LAB. 4
01

El juego de los párvulos y los mayores



Los niños y el paraíso perdido

No se sabe de dónde procede aquella idea de la infancia como etapa ingenua, llena de felicidad y alegría, libre de toda contaminación y tristeza. Con ella hemos aprendido a olvidar nuestra infancia real y hemos fabricado un paraíso perdido, fruto en parte de nuestra necesidad de creer en una vida mejor posible y en parte de situarla en el pasado como coartada de su no realización en el presente. Por lo que sea, estábamos acostumbrados a pensar en los niños como seres inocentes, sin asomo alguno de los problemas que asaltan al adulto y convierten a la vida de pura situación gozosa en conflicto que hay que encarar día a día.

Pero por muchos caminos distintos hemos venido a comprender que también la completa claridad del corazón del niño es inexistente. También son ellos capaces de sufrimiento. También, ya tan pequeños, pueden sentirse solos, aislados, enfrentados con su grupo, apartados o llenos de deseos de destrucción. Con conflictos interiores que hacen de su vida ya, en cierto modo, una existencia.

Esta nueva perspectiva, por tanto, que nos descubre la vida del niño como problema para sí mismo, nos ayuda también a comprender un aspecto fundamental de esa etapa del desarrollo humano. Cuando recordamos nuestra infancia o contemplamos la de los que la viven ahora parece que descubrimos que el juego es lo que la define, lo que es imprescindible en la vida del niño. Pero no podemos caer en la ingenuidad de entender el juego como simple manifestación de su vida. Algo así como la expresión del placer de gozar de la vida por sí misma. No es que no sea eso. Jugar para el niño es experimentar la alegría de vivir y de crear de una manera directa. Representando papeles, sometiendo su actividad a unas reglas determinadas, resignándose a los avatares del azar o manipulando inteligentemente los materiales de un juego de construcción, el niño vive de una manera directa, sin utilidades posteriores, la alegría de vivir. Pero hay algo más. A través del juego el niño manifiesta también sus propios conflictos, expresa su mundo interior y saca a la luz sus propias capacidades. Y a través del juego, si se interpreta y utiliza inteligentemente, puede el adulto conversar de verdad con el niño y ayudarlo en las dificultades que ya se le presentan en su vida.

Hay, por tanto, dos perspectivas para abordar la niñez en conjunto y el juego en particular: la postura angélica que los entiende como último reducto del paraíso perdido y la postura modesta de comprenderlos como realidades humanas integradas ya en los conflictos de la existencia.

Una visita a un parvulario

Un día, visitando un parvulario, la maestra quiso que los niños representaran para nosotros un cuento que ellos ya conocían. Se llamaba "Los animales que buscaban el verano" y consistía su acción en las peripecias de un grupo de animales — el perro, el cerdo, la oca, etc. — que andaban a la búsqueda del sol y del buen tiempo. Reunidos todos, aparece de pronto el lobo. Los ataca y consiguen reducirlo. Entonces se plantea en el grupo la discusión sobre si admitir o no al lobo en la búsqueda del verano. Según el cuento había sido narrado previamente, el grupo aceptaba la presencia del nuevo animal, pero una de las niñas, saltándose a la torera los esquemas previos, se negó a aceptarlo.

Lo que hasta aquel momento había sido un juego dramático sin finalidad ulterior se transformó en síntoma de algo más. No se trata de interpretar ahora por qué aquel párvulo cambió el rumbo de la representación, sino de caer en la cuenta de que una maestra perspicaz y consciente puede entender esos cambios y manifestaciones personales como un camino para descubrir actitudes profundas y conflictos de los niños que participan en él.



En los parvularios, en general, no suele utilizarse la dramatización de una manera programada y con plena conciencia de sus posibilidades. Pero si reflexionamos sobre el hecho dramático en general, sobre el papel que el psicodrama, por ejemplo, puede jugar en la terapia psicológica o el sociodrama en la terapia social, caeremos en la cuenta de que el juego de dramatizaciones puede llevar al maestro de párvulos a descubrir los conflictos profundos de sus niños y a intentar una terapia a través de él. Y lo que decimos de la escuela es perfectamente aplicable a la familia. El niño de tres y cuatro años dramatiza espontáneamente y esa facilidad suya para adoptar papeles y representarlos puede ser, para los padres, una fuente de síntomas a interpretar inteligentemente.

Los otros juegos como síntoma

Lo que se ha dicho anteriormente suele admitirse sin dificultades. Ahora que se habla constantemente de la estructura "teatral" de la personalidad humana, ahora que se habla de lo inevitable de aceptar un rol social y ahora que el teatro intenta superar su función reproductora para convertirse, en sus movimientos más dinámicos, en una creación constante, pocos dudan que la dramatización pueda tener en el niño una función de expresión, de creación y de terapia.

Pero esta misma perspectiva puede aplicarse a los otros tipos de juegos. Los resultados de los intentos del niño en aquellos juegos en los que la principal capacidad puesta en funcionamiento es la habilidad intelectual corresponden netamente a su capacidad general. Las parvulistas comprueban esto día a día cuando afirman que los niños con dificultades en los juegos lógicos de semejanzas, clasificaciones, etc., son los mismos niños que suelen tener dificultades en las actividades prenuméricas o en las de prelectura y preescritura. Y por tanto, su experiencia les lleva a escalonar la dificultad de los juegos que proporcionan a los niños. Las mismas estructuras que entran en juego en las operaciones puramente lógicas, se ponen en funcionamiento a la hora de realizar este tipo de juegos de que hablamos.

Los juegos, sean del tipo que sean, son, en resumen, expresión de la situación real en que el niño se encuentra de cara a sí mismo y de cara a los demás. Lo importante ahora es hacer uso de esas posibilidades de síntoma y promoción que el juego nos brinda.

Quizá el primer paso para ello pudiera ser una reflexión sobre su carácter también social. Los juguetes y los juegos están incluidos, como cualquier otra cosa, en las pautas de la sociedad en que vivimos. Cada vez es menos posible para los niños jugar en la calle, y la ciudad, que en algún tiempo fue lugar para ejercer la imaginación y el movimiento, se transforma cada vez más en un medio hostil, escenario de pasos apresurados. Por otra parte, los juguetes son productos sometidos a todas las leyes que gobiernan nuestro sistema de producción y cada vez más los niños experimentan la misma sed de poseer cosas que asedia a los mayores. Resulta bastante elocuente encontrarse en las habitaciones de los niños con montones de juguetes inútiles que realizaron la sola función de calmar el ansia de tener en un momento y que después fueron relegados a la inactividad total.

Lo que se impone en primer lugar es un criterio de selección.

Promoviendo el desarrollo

Puede ser importante para ello que reflexionemos sobre las características que los diferentes juegos y los juguetes tienen y en las consecuentes funciones que pueden desempeñar en el desarrollo de los niños.



Se han realizado muchas clasificaciones de los juegos y de los juguetes que pueden utilizarse en ellos. Suele hablarse de juegos funcionales, configurativos, de entrega, simbólicos, de reglas (1). En cuanto a los juguetes, pueden dividirse en estos grupos: juguetes y cosas de taller (plastilina, tijeras, lápices, etc.); juguetes de habilidad y destreza (engranajes, puzzles, desmontables, etc.); juguetes de construcción (mecanos, piezas para articular, etc.); juguetes de ficción; de fuerza y motricidad (pelotas, vehículos, etc.) y juguetes de reglas (dominós, etc.) (2).

En el número 39 de PADRES Y MAESTROS apareció una clasificación, tomada de Charlotte Buhler, que puede resultar útil en nuestra reflexión. *En el primer grupo* se sitúan los juguetes proyectados para proporcionar actividad motora. Estimulan, por tanto, el desarrollo muscular y pueden prestar ayuda al desarrollo de aquellos niños con tendencia a la pasividad física, a la pereza y a la inactividad. Este grupo abarca desde las bolas de colores situadas en el parque infantil hasta el triciclo que monta el niño de cuatro años o el balón del partido de fútbol. *El segundo grupo* incluye los juguetes adecuados para el juego constructivo y creador: construcciones, puzzles, rompecabezas, juegos de semejanza, etc. Favorecen los procesos de atención y organización lógica. En algún momento pueden resultar útiles para estimular estas actitudes y capacidades en niños excesivamente volcados en actividades puramente motoras e incapaces de centrarse en las de carácter más reflexivo. *El tercer y último grupo* de esta clasificación abarca los juguetes que se prestan a la acción dramática y al juego imitativo. Favorecen, en general, la relación social e, inteligentemente usados, pueden suponer una ayuda para los niños con dificultades sociales y necesitados de un proceso de integración social.

Los juegos, y los juguetes que los niños usan en ellos, han de estar, como cualquier otro aspecto de su vida, al servicio de su desarrollo. Una sencilla reflexión por parte de los adultos que asisten al proceso de su crecimiento puede poner al alcance de la mano la realidad de esas posibilidades.

Antonio León Molina



Actividades para la Escuela de Padres

Se trataría de invitar a los componentes del grupo que tengan medios para ello: que realicen una pequeña película, o reportaje de diapositivas, siguiendo a los niños en sus juegos; viendo cómo centran su interés, cómo se relacionan, cómo se enfadan, se agrupan, quizá surge como leader...

La utilidad de estos reportajes sería plena si el grupo se comprometiese a escribir el guión de esas películas y reportajes.

